

## EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17-02.

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025 y 18/03/2026

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

EL REGRESO AL NARANJAL DE VALENCIA del Pujol y la Consu, ya bien entrado junio, se debió a la insistencia de Carla y Corino, impacientes por su tardanza y ausencia. Los salones de la Blancadoble estaban animadísimos a todas horas; parte principal de las piezas que habían traído las maestranzas de Cavernícolas se habían ido desplegando por allí y ya, aunque en plena instalación todavía, no paraba de desfilar la gente para chismorrear y tener qué contar de regreso de sus viajes. El Pujol se instaló en la zona de la Entrambosaires para dejar con mayor libertad de movimiento a los pocos Cavernícolas que todavía tenían que utilizar un ala del taller; recibían a la gente, tanto él como la Consu, en la biblioteca de viajes junto a la piscina, una de las alas más tranquilas normalmente de los salones de la Blancadoble. Todos los barracones con jardincito japonés estaban ocupados al máximo por la gente de los diferentes equipos, que combinaban con los diferentes albergues por donde los habían ido distribuyendo; el vaivén era incesante, desbordando casi a los vaiveners.

Entre Carla Canon y Blancadoble Sánchez consiguieron que aquello no se desbordara. La zona del gallinero y vivienda de la Consu, con Pujol instalado en la casa también, consiguieron mantenerla al margen del bullicio y todo era paz allí. Hasta pasado el mediodía nadie rompía su clausura, y algunas tardes la Consu organizaba una merienda-cena con velada de conversación en donde iban apareciendo los últimos perfiles de la exposición y fiesta del canje. Sobre todo, una cuestión principal: si Pujol decidía, como estaba claro, no extraerse la Canina Esmeralda original, ¿por qué objeto material sería sustituida para el canje por las pelis últimas del Antiguo? La velada en la que al fin llegaron a un acuerdo fue en una de las cenas tempranas de la Consu Entrambosaires. Había llegado de visita Alta Gracia Entrambosaires; la Consu se sentía más Estambulina que nunca y entre las dos prepararon una cena turca para la ocasión, a la que invitaron a Carla, Corino y Blancadoble; con el chico que acompañaba a Alta Gracia, el americano Chito Gomes, eran siete, un número perfecto para ese tipo de veladas. A la vuelta de Knosos, el Pujol había comenzado a preparar en el gallinero, bajo el emparrado del porche de lo de la Consu, media docena de macetas azarosas nada más llegar, como una distracción apacible nueva, y se las enseñó a los invitados antes de cenar, orgulloso y contento con los brotes de hierbajos silvestres que habían comenzado a apuntar y que regaba al atardecer.

- Quiere llevarlos a Knosos, al jardín del Prisciliano, en la próxima visita que le haga –les señaló la Consu entre risas. – El Pujol se está volviendo un sentimental. Quiere también ver cómo evoluciona el campito cubano de Matanzas que dejó allí preparado esta primavera, y a mí no me molesta acompañarle en ese viaje para una cosa así, amorosa y tierna – y la Consuelo Entrambosaires miró a Pujol así, amorosa y tierna.
- ¡Ah, del amor, Consuelo! – sonrió el Pujol.

Todos quedaron suspensos unos segundos y Carla y Corino, como por instinto, activaron todos sus mecanismos de registro. Que el viejo hombre del colmillo verde hablara del amor podía ser un pequeño acontecimiento memorable.

- Háblanos del amor, Pujol. ¿Por qué el hombre del colmillo verde se consideraba esclavo de eros, esclavo del amor? – Carla Canon se lo había casi susurrado al oído, y Pujol cerró los ojos un momento y miró a la Consu, en la cabecera opuesta a la suya en la mesa larga y ancha de la concina que los reunía aún. Podía comenzar el verdadero banquete.
- Chica, mi primer amor fue doble, la Montse y la Titina, y esa doble naturaleza de mi amor me marcó para todas mis vidas. Así de simple. Luego le llamé amor a otras cosas más gimnásticas; al principio me intrigaban e inquietaban, luego me divertieron mucho y, finalmente, en el tiempo del hombre del canino verde campeón de campeones de combates eróticos, llegué a considerarme esclavo de aquel amor que había logrado sublimar. Fue una plenitud, como todas las plenitudes, perecedera.
- ¡Anda con este comediante vanidoso! – intervino la Consu, centelleante como siempre en sus arranques o prontos. – Te habías pasado un montón, Pujol, estabas atacado de insaciabilidad y ya estabas comenzando a comportarte como un cerdo maleducado. En tu quinto trofeo ya te mostraste tan maleducado que todos andan diciendo que ahí arranca la serie de cine procaz del hombre del colmillo verde, que tanto te irrita ahora.
- ¡Ni la Montse ni tú me comprendisteis nunca, Consuelo! ¡Fuisteis unas tiranas para mí!
- ¡Y tú un borrico que lo confundías todo, sobre todo lo del sexo y lo del amor!

Aquello prometía y la Alta Gracia Entrambosaires temblaba. El Chito Gomes hizo ademán de intervenir, pero el Corino le dio un pisotón por debajo de la mesa y un codazo admonitorios, mientras le guiñaba un ojo y le hacía un gesto de silencio, tío, deja discurrir la gracia sin interferir. Chito comprendió de inmediato.

- Titina era la amante que no tiene amante porque su amado es un amante ocasional. Así es como se puede decir. – El Pujol había dicho esto con los ojos entornados, muy erguido en su silla, pero en unos momentos la Canina Esmeralda refulgía por entre una de las comisuras de sus labios en amplia sonrisa. – Pero el Pujolito tenía sus poderosas razones para convertirse, sin darse cuenta él de ello, en un amante ocasional... Sí, sí, poderosas razones. Ocasional en su más estricto sentido, enamorado de la ocasión, de la fortuna, del azar. Un eros tan fuerte como un dios, que lo proyectaba con fuerza a su salimiento de sí, a su despilfarre gozoso. ¡Nunca me comprendisteis, ni tú ni la Montse! La Montse, que sí, que sí, que me había dado la teta de crío porque era muy sano para los dos, pero que nada más, que ya estaba bien, que era muy mayor y que era un aprovechado. ¿No era así, Consuelo? Y la Titina qué, que si el cuélebre o el culebrón y la gacelita, el lobo y la Caperucita, y que nada de na... ¡Ah, el amor y las ocasiones! Pues mira tú.

Pujol se quedó muy tranquilo, ante el silencio general, y entornó de nuevo los ojos, adoptando aire melancólico.

- Comediante y vanidoso, eso es – intervino la Consu, muy tranquila también y como dirigiéndose a Alta Gracia. – Amantes y amadas del Pujolito se simultaneaban y se sucedían sin fin, como un carrusel, como un ti vivo, ninots y ninots fallers valensiás, y luego vuelta a la carga con que ‘si no me quieres, Titina’, ‘si eres una ingrata’, y tontunas por el estilo que a una le sonaba a pío, pío de pajarito de dibujos animados. ¡Anda, y qué morro que tenía el Pujolito! Y que, cómo no, heredó el hombre del colmillo verde en sus años mejores de galán del paraíso de las islas en casi todos sus intersticios de nomadeo. ¡Pues vaya elemento, como para fiarse de él!
- Sí, ya sé que ahora andas con eso, pero entonces, la Titina que eras bien que le decía al Pujolito en cuanto se le terciaba que él era su gran amor, su amante-amado primero, ¿o no? – el Pujol se había animado y la Consu asentía divertida a sus andanadas retóricas. – Y cuando quisiste tener descendencia biológica, ¿no buscaste al Pujolito y no le encontraste como te había prometido? ¿Y no te lo hice a la medida, como estaba convenido, eh? Luego pasó lo que pasó porque eran así los tiempos, y la descendencia era tuya y la primera crianza y el padre desaparecía para evitar fijaciones, como se decía, aquellas costumbres tan divertidas de las que ya no queda ni la mitad de la mitad. Pues eso. Ahí estaba el amor y ahí sigue estando, mi Consuelo.

Consuelo Entrambosaires asintió sonriente a la última zalamería del Pujol y la Entrambosaires hija estaba conmovida y emocionada. “¡Hele, el amor!”, no se pudo contener Blancadoble. “No, si una ya lo sabe, pero también a una a veces se le apetece oírsele decir así, como quien no quiere la cosa”, le dijo por lo bajo la Consu a la Blancadoble Sánchez; luego se levantó, se acercó al Pujol y empujándose sobre la punta de los pies le dio un beso sonoro en todo lo alto de la cabeza.

DESDE LA SOLEDAD DEL OBSERVATORIO DEL ZOO esta amanuense contratada siente una especie de envidia sana por la Carla Canon y el Corino; su inmersión en la acción misma como vaiveners, su fogueo y su aprendizaje gozoso. Están en su “edad de oro” y sólo con el tiempo, su transcurso y consunción progresiva de ese estado ideal, podrán ser capaces de narrarlo de manera comprensible para quienes vendrán, la nueva realidad. Podría decir que, de momento, delegan en mí, aunque tal vez la mejor narración de todo esto la hagan ellos más adelante con la perspectiva de la madurez y el envejecimiento. De momento, disfrutan con la acción misma, aunque saben que su formación los lleva justamente a saber narrar en el futuro con nueva perspectiva. Ellos serán los maestros futuros de la narración no nacionalista y no confesional, la narración de la frontera. Es significativo que ni la Tip ni el amanuense contratado anterior entendieran esos términos antiguos, nacionalismo y confesionalidad, con los que se había intentado dar nombre a los dos demonios enemigos –nacionalismo y confesionalidad – de los antiguos relatos: son demasiado jóvenes y su realidad vital, su “edad de oro” personal ya no contaba con ello; habían contado con otras formas organizativas que en nada tenían que ver con las formas organizativas institucionalizadas que habían tenido que sufrir o vivir sus mayores, padres y abuelos del paraíso de las islas. Yo misma, amanuense contratada que, dado el fluir que ha tomado el texto, creo

conveniente presentarme también, aunque antes haya de consultarlo con Carla Canon y con Corino básicamente. Cuando en la Central de Amanuenses que coordina con mimo Fito Naser, el Gran Programador y casi anciano pero con marcha, supo de los proyectos de Carla Canon – la fiesta del canje – y de Corino – la serie de caninas esmeraldas – se pusieron de inmediato en contacto con Carla, Corino y conmigo, y nos dijeron que ya que el Pujol y la Entrambosaires I se prestaban a la idea, lo cual era una magnífica noticia dada su edad, era mejor que yo me encargara del relato literario de las acciones desde mi centro operativo del observatorio del zoo, que me dejaba mucho tiempo por delante, y así me servía de entretenimiento estimulante; también, nos aclararon, por mi perfil vital más experimentado y fronterizo, aunque sólo debía hacer el trabajo que hubieran tenido que hacer amanuenses contratad's de lo más normalito, o sea, poner en limpio la información que me proporcionaran los grupos comprometidos en la movida. En este caso, Carla y Corino y los registros de sus grupos respectivos. Inmersa en la acción desde mi observatorio del zoo, centro operativo de vaiveners, a mi edad. Pero el hombre del colmillo verde se merece esto y mucho más, y sarna con gusto no pica, que decía la sabiduría antigua pre-neo-canónica, así, para entendernos, pues los tiempos cambian que es una barbaridad, Pichi. Y que me perdone Corino y la Carla Canon esta inmersión abrupta en el texto, pero es que no me puedo contener. Tal vez por eso el Fito Naser, que es muy listo, decidiera meterme en este fregado. Y si esto no quieren la Carla y el Corino que lo incluya en el relato final, pues lo quito y sanseacabó, pues el resultado se entenderá igual. Mi ser fronterizo es posible que se note algo en los ramalazos de argot que aquí y allá puedan surgir, pero eso lo disculparán por mi origen mismo, astur-moldava que dicen que soy, una antigua niña de la guerra que pasó por todas las últimas furias trágicas de nacionalismos y confesionalidades y sobrevivió para venir a instalarse en la vejez con marcha, o carrocería, que dice ahora la nueva juventud, en el entorno de esta ciudad del interior estepario ponentino, en el corazón de las Españas de las Asturias y las viti-ciudades. Pero tal vez esté desbordando el relato –el texto, que dicen – con mi irrupción algo extemporánea. El tiempo libre por delante con el que cuento en este observatorio, movistar sin duda, y los primeros ataques de la insaciabilidad, que esto último parece que es cosa de la edad. En fin.

Tampoco sé muy bien por qué venía todo esto a cuento. Tal vez sólo viejas obsesiones, como las de la pluma estilográfica o los nacionalismos y confesionalidades malvadísimas... y en mis tiempos de juventud todavía amenazantes. No saben lo que se han quitado de encima, esta juventud afortunada del paraíso de las islas. Ni puta idea que tienen, y perdonen el pronto. Si Carla y el Corino no quieren, esto ni se lo pasamos a tipograf's o a quien proceda. Pero en la biblioteca de don Borondón quiero que se quede así. Y perdón, Carla y Corino en primer lugar, por la irrupción.

Nos parece de puta madre, tía, déjalo todo. Y Carla Canon y Corino, encantados, parodiaron a los rockeros antiguos con desparpajo de Lavapiés, como se decía. Mas lo que más les gustó a Carla y Corino de la irrupción de esta amanuense astur-moldava fue la clarividencia definitoria de las Españas, las Asturias sin vino y las grandes macro-urbes vitivinícolas. Si no hubiera sido por la Red Kepler, aquello no se

sabía cómo habría terminado. A Carla y a Corino les pareció una genialidad expresiva; sólo conocían las Españas por los viajes de conocimiento y de contactos, como se decía, pero ahora comprendían la riqueza de sus baretos y lugares de marcha urbana juvenil, que era al fin y al cabo lo que los había metido en aquel fregado en torno al Pujol que los tenía ya, como vaiveners, de hoz y coz en la primera fase de la profesionalización de adultos. Eso era, una buena definición de un lugar. Las Españas.

Una vez resuelto este pequeño o gran problema de la autoría –lo canónico, oiga, lo reglamentario o acordado – intento volver al asunto principal que nos reúne a todos, las últimas movidas del Pujol, el hombre del colmillo verde. O la Canina Esmeralda, como se dice ahora.

